



Centro Bíblico Nuestra Señora de Sión
Av. Directorio 440 – C.A.BA.
www.centrobiblicosion.org

Primeras Palabras

Una reflexión desde el judaísmo sobre las lecturas del Primer Testamento de la Liturgia Cristiana Dominical.

Frecuentemente leemos y meditamos la primera lectura de la liturgia dominical desde el Evangelio o del Nuevo Testamento. Pero podemos dar un paso nuevo, diferente, y que sea acorde al carisma de Nuestra Señora de Sión: recibir el pensamiento judío sobre estas lecturas.

¿Qué piensa y dice el judaísmo sobre la Palabra de Dios, Palabra que en el Primer Testamento es común a la tradición judeo-cristiana?

Para compartir esta Palabra, la rabina Silvina Chemen (silvina.chemen@gmail.com), nos ayudará a leer las lecturas del Primer Testamento que corresponden al mes de **Marzo de 2020**.

Esperamos brindar un aporte y un importante servicio a todos los hermanos con esta iniciativa.

Domingo 01 de Marzo de 2020 - 1º Domingo de Cuaresma

Génesis 2,7-9; 3,1-7

El Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz un aliento de vida, y el hombre se convirtió en ser vivo. El Señor Dios plantó un jardín en Edén, hacia oriente, y colocó en él al hombre que había modelado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos de ver y buenos de comer; además, el árbol de la vida, en mitad del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y el mal.

La serpiente era el más astuto de los animales del campo que el Señor Dios había hecho. Y dijo a la mujer: "¿Cómo es que os ha dicho Dios que no comáis de ningún árbol del jardín?" La mujer respondió a la serpiente: "Podemos comer los frutos de los árboles del jardín; solamente del fruto del árbol que está en mitad del jardín nos ha dicho Dios: "No comáis de él ni lo toquéis, bajo pena de muerte." La serpiente replicó a la mujer: "No moriréis. Bien sabe Dios que cuando comáis de él se os abrirán los ojos y seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal."

La mujer vio que el árbol era apetitoso, atrayente y deseable, porque daba inteligencia; tomó el fruto, comió y ofreció a su marido, el cual comió. Entonces se les abrieron los ojos a los dos y se dieron cuenta de que estaban desnudos; entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron.

El tema del mal y su origen nos quita el sueño. Éste pasaje es la mejor manera de encontrar a quién echarle la culpa.

La mística judía se ocupa de este pasaje.

¿Para qué Dios crea el Mal?

Extraído del Calendario Cabalístico del Rab Ben Itzjak.

Los cabalistas nos enseñan que al principio de los días, o mejor dicho durante el sexto día de la creación, había un hombre, una mujer... y una serpiente. Un hombre y una mujer – Adán y Eva – con un objetivo y una tarea divina que cumplir – “trabajar y cuidar el Jardín del Eden” – y una criatura, también divina, encargada de tentar al hombre a desviarse del camino correcto, y a interferir y arruinar los planes divinos y humanos de perfección.

Citamos a continuación los pasajes bíblicos del segundo y tercer capítulo del libro de Génesis relevantes para nuestro estudio:

“Y El Eterno, Dios, formó al hombre de polvo de la tierra y le exhaló en sus fosas nasales el alma de vida; y el hombre se transformó en un ser vivo.

El Eterno Dios plantó un jardín en el Edén, hacia el este, y allí colocó al hombre que había formado. Y El Eterno Dios hizo que brotaran de la tierra todos los árboles que eran agradables a la vista y buenos como alimento; y el árbol de la Vida, en medio del jardín, y el árbol del Conocimiento del Bien y del Mal...

El Eterno Dios tomó al hombre y lo colocó en el Jardín del Edén, para que lo trabajara y lo cuidara. Y El Eterno Dios le ordenó al hombre, diciendo: “De todo árbol del jardín podrás comer, pero del árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, no comerás; pues el día que de él comas, ciertamente morirás”.

El Eterno dijo: “No es bueno que el hombre esté solo; le haré una compañera que le corresponda... El Eterno Dios, con el costado que había tomado del hombre, construyó una mujer y la llevó ante el hombre... Ambos estaban desnudos, el hombre y su mujer, y no tenían vergüenza.

La serpiente era más astuta que cualquier otra bestia del campo que El Eterno Dios había hecho. Ella le dijo a la mujer: ¿Acaso Dios dijo “No comeréis de ningún árbol del jardín?”... La serpiente le dijo a la mujer: “Ciertamente que no moriréis, pues Dios sabe que el día que de él comáis, vuestros ojos se abrirán, y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal”.

Y la mujer... tomó de su fruto y comió; y también le di a su marido junto a ella, y él comió”.

Y si bien el análisis completo de estos pasajes podría ocupar cientos o miles de páginas, en este caso focalizaremos nuestra atención precisamente en el rol de la serpiente.

En el libro Nefesh Hajaim, el gran cabalista Rabí Jaim de Volozyn relaciona a la serpiente con la presencia del Mal en el mundo. Sin embargo, lo que más sorprende de su mensaje es el énfasis que el sabio pone al destacar que la serpiente no sólo tienta a la mujer sino que lo hace “desde afuera”, “en segunda persona”, es decir, le dice: “tú puedes comer del árbol y nada malo te sucederá”. Está bien, es evidente que así sucede, mas ¿qué tiene esto de extraño? ¿La primera o segunda persona gramatical es acaso lo que modifica la influencia del Mal y su capacidad dañina? No obstante, si lo analizamos con detenimiento, descubriremos que esta situación, en la que la serpiente – el Mal – habla al hombre “desde afuera”, es única en la historia de la humanidad. Intentaremos aclararlo.

* * * *

Tal lo expresado, al hombre se le prohíbe comer del árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Mas antes de intentar dilucidar el sentido de esta prohibición, los invito a reflexionar superficialmente en el mandato divino: no comer del árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Perfecto, lo aceptamos, mas ¿por qué? ¿Qué sentido oculto encierra esta prohibición? O mejor dicho, y tal como lo cita Maimónides en su Guía de Perplejos, ¿acaso el Creador no quería que el hombre comiese de este árbol para que no llegara a distinguir entre el Bien y el Mal? ¿Qué más valioso que esto? ¿Acaso no es precisamente esta capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo lo que diferencia al hombre de las bestias?

Mas cuando logramos internarnos en el mundo de las palabras bíblicas originales, en el idioma hebreo, y nos aproximamos a sus raíces idiomáticas, entonces todo lentamente se aclara y se ordena.

La expresión bíblica que refiere al árbol del Conocimiento del Bien y del Mal es “etz hadaat tov verá”. Es un árbol, etz, que otorga un conocimiento, daat, relacionado al

Bien, tov, y al Mal, ra. Y para saber a qué tipo de conocimiento se alude, basta con entender la palabra hebrea daat, la cual en todos los casos en que aparece en la Biblia indica unión, apego y fusión. Por ejemplo, el pasaje bíblico lo utiliza para indicar que Adán conoció – iadá (N:T; verbo que refiere al sustantivo daat) – a su mujer Eva y ella concibió y dio a luz.

Es decir, el hombre se unió a su mujer, o tal como lo expresa el versículo: “la conoció”. Y cuando ahora regresamos al árbol del Paraíso, ya podemos aproximarnos mínimamente a su sentido: era el árbol que fusionaba y entremezclaba al Bien y al Mal. Y una vez que el hombre come del mismo, entonces “internaliza” a través de este acto la confusión y, desde ese instante el Bien y el Mal no solo se confunden entre sí sino que le hablan al hombre desde su interior, en primera persona. El hombre cree que la voz que le habla es su propia voz, mas en realidad, es el mal instinto que lo seduce desde lo más profundo de su ser.

Comprendido. Sin embargo, y debido a la importancia del tema, me gustaría describir la situación existencial del hombre antes de pecar, tal como lo explica el genial sabio cordobés, Maimónides. Adán, antes de probar el fruto prohibido y provocar la confusión antes detallada, distinguía en su mundo cuatro aspectos diferentes: lo verdadero, lo falso, lo bueno y lo malo. Y esto, todo el tiempo que el Mal se encontraba afuera de su persona.

Como es lógico, él se guiaba por lo correcto y se alejaba de lo falso, y su camino era elegido de acuerdo con la verdad. Mas al caer, al “acceder” al conocimiento que El Eterno le indico no probar, su vida ya no se rige por lo verdadero y lo falso, o lo correcto o incorrecto sino por lo bueno y malo. El hombre que basa su vida en lo que le parece bueno o malo, en lo que la agrada o le provoca rechazo, es un digno representante del hombre, mas en su estado decadente posterior al pecado. El Bien y Mal, entremezclados y confusos, desplazan y oscurecen a la Verdad y la Mentira.

* * * *

Y la siguiente pregunta es obvia, y diría que casi obligatoria para el lector que nos ha seguido atento hasta aquí: ¿Para qué Dios crea el Mal? ¿Por qué la serpiente es colocada junto a Adán y a Eva en el Paraíso? ¿Por qué es tan necesario que además acompañe al hombre en su paso por la vida?

El gran cabalista, Rabí Jaim Moisés Luzzatto, lo explica con absoluta claridad en varias de sus obras clásicas – Derej Hashem, Daat Tevunot – y para no confundir al lector intentaremos resumir sus conceptos en pocas líneas.

El hombre fue creado y puesto en este mundo para ser beneficiado, ya que la esencia divina es el Bien absoluto. Por lo tanto, se le otorga el libre albedrío y se lo coloca en un escenario en el cual la persona puede ser recompensada por sus actos. Sin embargo, si el hombre no tuviese ningún obstáculo, si ninguna fuerza se le opusiese, entonces más que una recompensa recibiría un obsequio, lo cual, y tal como lo expresan los sabios místicos, sería como comer del “pan de la vergüenza”. ¿Por qué? Pues tal regalo avergonzaría profundamente a la persona tal como el necesitado se avergüenza de observar a los ojos de su benefactor.

Además, todo aquello que recibimos por obsequio nos llega desde afuera, del mundo exterior, y jamás llegamos realmente a convertirlo en parte de nuestro ser. Un regalo siempre lleva el nombre de aquel que nos lo obsequió mientras que, lo que ganamos y obtenemos con nuestro propio esfuerzo, nos pertenece de modo esencial. Por estas razones, explica el cabalista, el Mal viene a cumplir un papel vital: permitir el trabajo del hombre que, al superarlo, recibe una recompensa divina como producto de su propio esfuerzo, y como resultado de la correcta utilización de su libre albedrío.

Domingo 8 de Marzo de 2020 – 2do. Domingo de Cuaresma

Génesis 12,1-4a

En aquellos días, el Señor dijo a Abrán: "Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y será una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo." Abrán marchó, como le había dicho el Señor.

El recorrido al que nos somete Génesis es veloz. Adán, Eva, Caín, Abel, Noé, Babel... llegamos a Abrán. "-De lo general a lo particular", "-de la historia universal al origen del monoteísmo", decimos. Buscamos llegar a casa. Y lo sentimos cuando comenzamos esta parashá; está más cerca de lo que nosotros necesitamos como origen. Todos precisamos tener una historia en el origen: en nuestras familias, nuestras instituciones de pertenencia, nuestra sociedad. Todos necesitamos anclar en un relato desde donde comenzó todo.

Y solemos emocionarnos con este hombre, Abrán, y su salida de la tierra de su padre: Sal de tu tierra, de donde naciste para construir tu propio relato... "hacia la tierra que te mostraré" (Génesis 12:1)- indica Dios.

Lo cierto es que muchos comenzamos a contar la historia desde el versículo 1 del capítulo 12. Abrán sale. Y con esa salida, equívocamente contamos un comienzo casi mágico, del que todos somos sus continuadores.

"No nos quedan más comienzos", escribe George Steiner en su libro Gramáticas de la creación. Y quizás apunta a invitarnos a que necesitamos volver hacia atrás, para valorar aquel origen, que en realidad se inscribe dentro de una continuidad.

Estamos tentados por estos tiempos en los que se cree que es posible vivir sólo del presente, con la esperanza siempre puesta en tiempo futuro, con un "ahora" sobrevaluado que explota por los aires los ecos del pasado... y esto no le hace bien a nadie... y mucho menos a nuestros hijos, con paradigmas de vida que se desvanecen ante la aparición de "un nuevo modelo" de lo que sea.

Y con Abrán corremos el mismo riesgo. De quedarnos en la anécdota de una persona que sin historia previa, comienza a andar. Y no es así. Nuestra historia aparece en el medio de otra historia, la que lo lleva a Abrán a ser quien es. Hay una realidad valiosa que lo funda

Volver al origen, hacerlo presente y sembrarlo para que crezca en el futuro es la tarea de esta parashá.

Volvamos al final de la parashá anterior. Algo inusual y único hasta ese entonces aparece. Recordemos que luego del relato de la Torre de Babel, como estamos acostumbrados en el texto bíblico, aparecen listas genealógicas, nombres y a veces edades.

Y así lo hace la Torá antes de estos versículos enumera una larga lista de los descendientes de Shem, que van pariendo hijos con nombre propio: Shem, Arpajshad, Shelaj, Ever, Peleg...hasta llegar a Najor

"Vivió Najor veintinueve años y engendró a Téráj. Vivió Najor después de engendrar a Téráj ciento diecinueve años y engendró hijos e hijas. Vivió Téráj setenta años y engendró a Abrán, a Najor y a Harán". (Génesis 11:24-26)

¿Qué es lo extraordinario en este listado? Que por primera vez, Téráj, hijo de Najor, fue padre de tres hijos: Abrán, Najor y Harán.

Es decir que Téráj fue la primera persona en llamar a su hijo con el nombre del padre. Y de allí viene Abrán. De una tradición que inaugura el ligar la nueva vida a los viejos nombres. Y no es sólo un tema de modo o de usos de la época. Es toda una posición respecto de la familia y de la civilización que deviene de esta manera de decir de uno, llevando consigo la huella de lo que nos antecedió.

Y Abrán no viene sólo en una manera de nombrar que da cuenta de la historia. Sino que como sigue diciendo el final de la parashá pasada:

"Tomó Téráj a Abrán su hijo y a Lot hijo de Harán - su nieto - y a Sarai, su nuera - esposa de Abrán, su hijo - y partieron junto a él de Ur de los Caldeos, para encaminarse hacia la tierra de Knaan; pero vinieron hasta Jarán y se asentaron allí". (Génesis 11:31)

Téráj iba hacia Canaan pero no llegó. Se asentó en Jarán. Téráj también dejó su lugar de origen, su tierra natal, su pueblo. El padre de Abrán le deja la mejor de las herencias, la capacidad de caminar el propio camino. Abrán continúa, ahora sí con su impronta, un camino iniciado por su padre.

Podría aventurarme y decir que Abrán desarrolla esa capacidad de escuchar la voz de Dios, porque nació en un entorno que le enseñó; por un lado la búsqueda del propio rumbo y a su vez, la ligazón con una historia que rectificará o ratificará con su experiencia.

¿Cuántas veces escucho padres o madres decir:- nosotros no le enseñamos nada... para que cuando sea grande pueda elegir libremente? ¿Cómo elegir si no nos ponen en ningún camino? ¿Cómo saber de uno si nuestros nombres no nos dicen nada de los que nos precedieron? ¿Cómo construir subjetividad y autonomía sin memoria?

A todo esto nos invita este personaje iniciático como lo es Abrán, para repensar nuestra propia filiación- tema a quien le tomo prestado a mi querida maestra Diana Sperling, que desarrolla en su reciente libro **La diferencia**, que tanto recomiendo.

Por eso cuando les damos la bienvenida a los nuevos hijos al pueblo de Israel la bendición correspondiente es:

"Bendito seas El Señor Dios nuestro rey del universo que nos santificaste con tus preceptos y nos ordenaste introducirlo en el pacto de Abraham nuestro padre".

Y no sólo eso.

A quienes abrazan la tradición de Israel, no habiendo nacido judíos se los llama "hijos de Abraham".

¿A qué lenguaje los estamos implicando? ¿Qué relato de Abrán tenemos para fundamentar la bienvenida de hijos y hermanos a nuestra tradición? ¿Nos creemos tan únicos como para descender de alguien que comienza de la nada algo que jamás otro inició? ¿Seremos lo suficientemente conscientes de saber que si no llevamos a nuestros hijos de la mano, no podrán continuar solos ningún camino trascendente? ¿Tendremos registro de lo que significa inscribirlos a una tradición, a un relato que ellos deberán seguir escribiendo?

Estamos hechos de historias que nos significan para que podamos elegir nuevos rumbos. Estamos narrados en nombres que portan huellas de otros nombres, que nos permiten descubrir quiénes somos.

Somos hijos de los hijos de Abrán y así nos arrojamamos a la aventura de heredar una historia, hacerla memoria y donarla a los que nos siguen.

“Recibir y cuestionar- escribe Diana Sperling- lo que según Arendt define la herencia. Ambos momentos son imprescindibles. La tradición (y la filiación) se configura así como una extraña mezcla entre continuidad y discontinuidad; entre tomar y solar, entre observancia y rebeldía; entre escritura y lectura; entre palabra e interpretación” (La diferencia, Ed. Miño y Dávila, pag.97)

Acá estamos. En el mismo camino, para incorporar nuevos destinos. Por eso volvemos año a año a esta escritura. Para que nuestra lectura nos descubra leyendo nuevos sentidos.

Domingo 15 de Marzo de 2020 - 3er. Domingo de Cuaresma **Éxodo 17,3-7**

En aquellos días, el pueblo, torturado por la sed, murmuró contra Moisés: "¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?" Clamó Moisés al Señor y dijo: "¿Qué puedo hacer con este pueblo? Poco falta para que me apedreen." Respondió el Señor a Moisés: "Preséntate al pueblo llevando contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva también en tu mano el cayado con que golpeaste el río, y vete, que allí estaré yo ante ti, sobre la peña, en Horeb; golpearás la peña, y saldrá de ella agua para que beba el pueblo." Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Y puso por nombre a aquel lugar Masá y Meribá, por la reyerta de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor, diciendo: "¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?"

Lo que leerán a continuación quizás los sorprenda. Porque después de haber leído páginas y páginas que condenan a este pueblo que se queja “injustificadamente” en su travesía por la hostilidad del desierto, he decidido tener misericordia y comprender su voz.

El texto bíblico que antecede a este párrafo nos trae una descripción del gran milagro de la separación del Mar de los Juncos, en el que el pueblo de Israel nace como nación.

Inmediatamente, para nuestra sorpresa se describe al pueblo como escépticos que constantemente se quejan, e incluso lo hacen inmediatamente antes y después de ese milagro.

Vemos a Moisés desarrollarse como un líder que es sensible a las necesidades de su pueblo, y que también sufre ante sus demandas. Por ejemplo, cuando dice: Y clamó Moisés a el Señor, diciendo: ¿Qué haré con este pueblo? Un poco más y me apedrearán. (Shmot 17:4)

A veces nos ofusca el clamor de esta gente, que aparece como ingrata ante la titánica tarea de Moisés de sacarlos de Egipto. Repetimos una y otra vez –con enojo- que este pueblo se niega a ser redimido.

¿Y qué entendemos por redención?

El rabino Josef Dov Soloveitchik (s.XIX), en un ensayo titulado "Redención, Oración, Talmud Torá" aborda el significado del concepto de la redención: ¿Qué es redención? Dice Soloveitchik:

La redención significa el movimiento de un individuo o de una comunidad desde la periferia de la historia hacia su centro.

Estar en la periferia es ser una entidad no creadora de historia, mientras que un movimiento hacia el centro la transforma en creadora y consciente de la historia.

Naturalmente surge la pregunta: ¿qué se entiende por pueblo o comunidad creadora? Es el pueblo a la cabeza de una existencia libre, comunicante, hablante y reveladora de la historia, mientras el grupo no creador ni involucrado en la historia conduce a una existencia no comunicante y por lo tanto silenciosa y no libre.

Redención es idéntico a comunicación o a revelación de la palabra. Cuando un pueblo abandona un mundo y penetra en el de los sonidos, de la conversación y el canto, llega a ser un pueblo redimido libre. Una vida de mudez es idéntica al cautiverio, una vida dotada de habla es una vida libre.

El esclavo vive en silencio si es que tal existencia vacía puede llamarse vida. No tiene mensaje para transmitir. En contraste el hombre libre conlleva un mensaje...

Hoy les propongo hasta una nueva lectura sobre el pueblo de Israel en el desierto al que todas las generaciones lo han denominado un "pueblo de dura cerviz", que se quejan y ponen a Dios y a Moisés a prueba decenas de veces en el desierto.

Porque ese comportamiento también debe ser visto como una expresión de su libertad y de su entrada en la historia después de un largo período de ser esclavos mudos, como el rabino Soloveitchik lo describe.

La capacidad (y derecho) para protestar contra la injusticia y la necesidad, es una expresión de la libertad.

El silencio frente a la injusticia, la renuncia al derecho a la protesta, es una traición a las costumbres judías más básicas.

Los seguidores de Abraham y los herederos de la generación del desierto hemos aprendido que no se puede permanecer en silencio, incluso contra el Todopoderoso, y mucho menos antes cualquier instancia humana que cercene la libertad humana. Porque eso nos vuelve esclavos.

Y Soloveitchik lo retoma:

Antes de que llegara a Moisés no había ni un solo sonido. No se presentaba denuncia, ningún suspiro, no se pronunciaba ningún clamor... Los esclavos eran sombríos, sordos y mudos... Ellos ni siquiera eran conscientes de su necesidad... Cuando llegó Moisés, el sonido o la voz, comenzaron a existir... Moisés, al defender a esos esclavos indefensos, les devolvió la sensibilidad. De pronto se dieron cuenta de que todo lo que el dolor, la angustia, la humillación y crueldad, toda la avaricia y la intolerancia del hombre con sus semejantes, era el mal.

*Esta toma de conciencia trajo consigo no sólo un dolor agudo, sino la sensación de sufrimiento también.
Con ese sufrimiento llegó la protesta en voz alta,
el grito,
la pregunta no pronunciada,
la demanda por la justicia y retribución.*

La descripción del rabino Soloveitchik del comienzo de la redención en Egipto a través del descubrimiento de la voz y la capacidad de gritar y protestar me llevó a revisar los textos de Paulo Freire cuando escribía sobre la pedagogía del oprimido: Hablándoles a los educadores, Él escribía:

*La existencia en tanto humana no puede ser muda, silenciosa, ni tampoco nutrirse de falsas palabras sino de palabras verdaderas, con las cuales los hombres transforman el mundo. Existir, humanamente, es pronunciar el mundo, es transformarlo.
Los hombres no se hacen en el silencio, sino en la palabra, en el trabajo, en la acción, en la reflexión.*

Tanto para aprender en nuestras supuestas libertades. Somos el pueblo que clama, a veces el que calla, a veces el Faraón que hace callar a otros. Somos seres de palabras, a veces propias, a veces prestadas, a veces impuestas. Mucho para aprender en esta travesía que aún no ha terminado.

Domingo 22 de Marzo de 2020 - 4º Domingo ° de Cuaresma **1Samuel 16,1b.6-7.10-13a**

En aquellos días, el Señor le dijo a Samuel: "Llena la cuerna de aceite y vete, por encargo mío, a Jesé, el de Belén, porque entre sus hijos me he elegido un rey." Cuando llegó, vio a Eliab y pensó: "Seguro, el Señor tiene delante a su ungido." Pero el Señor le dijo: "No te fijas en las apariencias ni en su buena estatura. Lo rechazo. Porque Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia; el Señor ve el corazón." Jesé hizo pasar a siete hijos suyos ante Samuel; y Samuel le dijo: "Tampoco a éstos los ha elegido el Señor." Luego preguntó a Jesé: "¿Se acabaron los muchachos?" Jesé respondió: "Queda el pequeño, que precisamente está cuidando las ovejas." Samuel dijo: "Manda por él, que no nos sentaremos a la mesa mientras no llegue." Jesé mandó a por él y lo hizo entrar: era de buen color, de hermosos ojos y buen tipo. Entonces el Señor dijo a Samuel: "Anda, úngelo, porque es éste." Samuel tomó la cuerna de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. En aquel momento, invadió a David el espíritu del Señor, y estuvo con él en adelante.

Nos presentan a David por primera vez cuando se ordena al profeta Samuel, que vaya a Belén para ungir a un nuevo rey, para reemplazar al rechazado Rey Saúl. Samuel llega a Belén, y los ancianos de la ciudad salen a saludarlo, nerviosos por esta visita inusual e inesperada, ya que el anciano profeta había dejado de circular por toda la tierra. y llegué a Belén. Y los ancianos de la ciudad vinieron a recibirlo temblando y le dijeron: '¿Vienes en paz?' (Samuel 1,16: 4) Los ancianos temían que Samuel hubiera oído hablar de un grave pecado que estaba ocurriendo en su ciudad. Quizás había venido a reprenderlos por el comportamiento del despreciado pastorcillo de Isaí, que vivía en medio de ellos. Samuel declaró, sin embargo, que había venido en paz, y pidió a los ancianos, y a Isaí y sus hijos, que se unieran a él para una fiesta de sacrificio. Como anciano, era natural que Isaí fuera invitado; pero cuando inexplicablemente también invitaron a sus hijos, les

preocupaba que tal vez el profeta hubiera venido a revelar públicamente los orígenes vergonzosos e ilegítimos de su hermano. Sin que ellos lo supieran, Samuel ungiría al nuevo rey de Israel en esta fiesta. Todo lo que se le había revelado al profeta en este momento era que el nuevo rey sería un hijo de Isaí.

Cuando vinieron, Samuel vio a Eliav (el hijo mayor de Isaí), y pensó: "¡Seguramente el ungido de Dios está delante de Él!"

Pero Dios le dijo a Samuel: "No mires su apariencia o su gran altura, porque lo he rechazado. Dios no ve con simples ojos, como lo hace un hombre. ¡Dios ve el corazón!"

Entonces Isaí llamó a Avinadav (su segundo hijo), y lo hizo pasar delante de Samuel. Él dijo: "Dios tampoco eligió este".

Isaí hizo pasar a Shammah, y Samuel dijo: "Dios tampoco ha elegido a este".

Isaí hizo pasar a sus siete hijos delante de Samuel. Samuel le dijo a Isaí: "Dios no ha elegido a ninguno de ellos".

Mientras Samuel miraba al hijo mayor de Isaí, estaba seguro de que éste era el futuro rey de Israel. Alto, apuesto y distinguido, Eliav era a quien Samuel estaba listo para ungir, hasta que Dios le reprendió a Samuel por no mirar hacia afuera sino hacia adentro.

Samuel ya no hizo suposiciones propias, sino que esperó a que le dijeran quién se convertiría en el próximo rey. Los siete hijos de Isaí habían pasado antes que Samuel, y ninguno de ellos había sido elegido.

"¿Son todos estos muchachos?" Samuel preguntó. Samuel proféticamente eligió sus palabras con cuidado. Si hubiera preguntado si todos estos eran hijos de Isaí, Isaí habría respondido afirmativamente que no había más de sus hijos, ya que a David no se le dio el estatus de hijo.

En cambio, Isaí respondió: "Queda uno pequeño; él cuida las ovejas". El estado de David era insignificante a los ojos de Isaí. Esperaba que Samuel le permitiera a David quedarse donde estaba, sin problemas, atendiendo a las ovejas en los pastos lejanos.

Pero Samuel ordenó que David fuera convocado inmediatamente a la fiesta. Se envió un mensajero a David que, por respeto al profeta, fue primero a su casa para lavarse y cambiarse de ropa. No acostumbrado a ver a David en casa en ese momento, su madre preguntó: "¿Por qué viniste a casa a mitad del día?"

David explicó la razón, y ella respondió: "Si es así, yo también te acompaño".

Cuando David llegó, Samuel vio a un hombre "de tez rojiza, con cabello rojo, ojos hermosos y guapo a la vista". La apariencia física de David alude a los diferentes aspectos de su personalidad. Su grosería sugiere una naturaleza guerrera, mientras que sus ojos y su apariencia general indican amabilidad y gentileza.

Al principio, Samuel dudaba que David pudiera ser el digno de la realeza, un precursor de la dinastía que llevaría al pueblo judío al final de los tiempos. Pensó para sí mismo: "Este derramará sangre al igual que el pelirrojo Esaú".

Dios vio, sin embargo, que la grandeza de David era que dirigiría su agresividad hacia objetivos positivos. Dios le ordenó a Samuel: "Mi ungido está de pie delante de ti, ¿y tú permaneces sentado? ¡Levántate y unge a David sin demora! ¡Porque él es el que he elegido!" 1 Samuel 16:12

Mientras Samuel sostenía el cuerno de aceite, burbujeó, como si no pudiera esperar para caer sobre la frente de David. Cuando Samuel lo ungió, el aceite se endureció y brilló como perlas y piedras preciosas, y la bocina permaneció llena.

Cuando Samuel ungió a David, se escuchó el llanto desde afuera del gran salón. Era la voz de su madre, la única partidaria de David y fuente solitaria de consuelo. Sus largos años de silencio ante la humillación finalmente estaban llegando a su fin. Por fin, todos verían que el linaje de su hijo más joven era puro, sin mancha alguna.

El Talmud enseña:

Samuel b. Nahmani dijo en nombre de R. Yonatan: "Te daré gracias, porque me has respondido" fue dicho por David;

La piedra que los constructores rechazaron se convirtió en la piedra angular principal; fue dicho por Isaí;

Esto es obra del Señor, dijeron sus hermanos;

Este es el día que hizo el Señor, dijo Samuel. Te suplicamos, oh Señor, ¡ahorra ahora! fue dicho por sus hermanos:

Te suplicamos, oh Señor, ¡haznos ahora prosperar! Fue dicho por David;

Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, fue por Isaí;

Te bendecimos fuera de la casa del Señor, fue dicho por Samuel;

El Señor es Dios, y nos ha dado luz, fue dicho por todos ellos;

Ordenar la procesión del festival con ramas, fue dicho por Samuel;

Eres mi Dios, y te daré gracias, fue dicho por David;

Eres mi Dios, te exaltaré, todos lo dijeron. Pesajim 119^a

El rey David tendría que enfrentar muchas más pruebas hasta que toda la nación lo reconociera como el nuevo rey para reemplazar a Saúl. Durante su reinado, y durante toda su vida, hasta su vejez, el rey David se enfrentó a muchas pruebas.

El rey David poseía muchos grandes talentos y cualidades que lo ayudarían a alcanzar los tremendos logros de su vida. Muchas de estas cualidades positivas fueron heredadas de su ilustre padre, Isaí, después de quien es llamado con cariño y respeto ben Isaí, el hijo de Isaí.

Los salmos conmovedores del alma compuestos por el rey David en sus horas más grandes de soledad, describen elocuentemente su sufrimiento y angustia, así como su fe y convicción.

La exégesis rabínica enseña dice: ¿Por qué pensó David en alabar a Dios con su alma? Él dijo: "El alma llena el cuerpo y Dios llena el mundo, así que el alma que llena el cuerpo alabe a Dios que llena el mundo. El alma lleva el cuerpo y Dios lleva el mundo ... El alma es una y está sola en el cuerpo, y Dios es uno y está solo en el mundo.

El libro de los salmos- atribuido a David- nos da una voz a cada uno de nosotros, y se ha convertido en el bálsamo para calmar nuestras heridas, ya que nosotros también nos encontramos con las muchas dificultades personales y comunitarias Los salmos son una expresión de nuestra soledad en nuestra relación con la soledad de Dios.

Domingo 29 de Marzo de 2020 - 5º Domingo ° de Cuaresma

Ezequiel 37,12-14

Así dice el Señor: "Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os haré salir de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os traeré a la tierra de Israel. Y, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestros sepulcros, pueblo mío, sabréis que soy el Señor. Os infundiré mi espíritu, y viviréis; os colocaré en vuestra tierra y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago." Oráculo del Señor.

El tema que acá se intenta esbozar es la creencia en la resurrección, descrita en la profecía de Ezequiel y nuevamente encontrarán en mis comentarios visiones que no sean las que esperan de mí... pero paso a describir a este profeta Ezequiel en su entorno y contexto histórico para que se entienda la metáfora.

El profeta Ezequiel que era hijo de Buzí, el sacerdote, fue exiliado, junto con los primeros exiliados, en los días del rey lehoiajín en el año 597 a.e.c.

La primera profecía de él, que figura en el capítulo primero de su libro, fue pronunciada en el año quinto de ese exilio.

Ezequiel era sacerdote; seguramente, de los descendientes de Tsadok que eran los sacerdotes que estaban en actividad en el templo de Jerusalén.

Ezequiel, el profeta, residía en Babel, en el seno de los exiliados, en un lugar llamado Tel Aviv, a orillas del río Kebar.

Este profeta, es llamado también, con el nombre de Ben-Adam — hijo del hombre — o mortal.

A él le tocó vivir la difícil época de exilio y la destrucción de Jerusalén.

A él pertenecen profecías como la profecía de la carroza celestial, que ha servido de base para el Misticismo, así como la profecía denominada — los huesos secos — que habla de la resurrección y del renacimiento del pueblo de Israel.

En ese renacimiento del pueblo de Israel el profeta ve la reunificación de todas las tribus de Israel bajo un rey de la dinastía de David y observando la Torá que Dios nos había otorgado.

Este pasaje se lee el Shabat en el que también leemos el pasaje de la Torá en el que José se reconcilia con sus hermanos. Y esta analogía nos permite comprender el motivo del profeta: Ezequiel vaticina la reunificación de las tribus de Israel, descendientes de Jacob.

Para comprender este texto es necesario continuar con la lectura del capítulo:

15 Vino a mí palabra de Dios, diciendo:

16 Hijo de hombre, toma ahora un palo, y escribe en él: Para Judá, y para los hijos de Israel sus compañeros. Toma después otro palo, y escribe en él: Para José, palo de Efraín, y para toda la casa de Israel sus compañeros.

17 Júntalos luego el uno con el otro, para que sean uno solo, y serán uno solo en tu mano.

18 Y cuando te pregunten los hijos de tu pueblo, diciendo: ¿No nos enseñarás qué te propones con eso?,

19 díles: Así ha dicho Dios el Señor: He aquí, yo tomo el palo de José que está en la mano de Efraín, y a las tribus de Israel sus compañeros, y los pondré con el palo de Judá, y los haré un solo palo, y serán uno en mi mano.

20 Y los palos sobre que escribas estarán en tu mano delante de sus ojos,

21 y les dirás: Así ha dicho Dios el Señor: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra;

22 y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos.

16 “...TOMA PARA TI UNA VARA DE MADERA...” Esta acción simbólica del profeta representa a las tribus de Israel.

Una de las varas representa al reino de Judá, compuesto por dos tribus, mientras que la otra vara representa al reino de Israel, destruido a la sazón y compuesto por diez tribus.

El reino de Israel es llamado generalmente reino de Efraín ya que Efraín era uno de los dos hijos de José.

El patriarca Jacob, en su bendición a José le dice que Efraín y Manasés son considerados para él como dos de sus propios hijos, y de allí que estos dos nietos de Jacob formarán sendas tribus, llamadas Efraín y Manasés.

El profeta recalca, enfáticamente, que la unión entre las tribus de Israel no será una mera reunión política sino que involucrará un renacimiento espiritual.

Hay una constante bíblica de tres elementos intervinientes en la historia de Israel que son: la tierra de Israel, la Torá de Israel y la dinastía de David.

Es así como los profetas de Israel, en general, y Ezequiel en particular, vaticinan el renacimiento del pueblo de Israel.

El renacimiento de Israel está basado, no solamente en un retorno a la tierra, sino en el Pacto concertado por nuestros patriarcas con Dios. El profeta dice que Dios concertará con su pueblo un pacto de paz, un pacto eterno será.

El santuario de Dios volverá a estar en el seno del pueblo de Israel y eso será la evidencia para los pueblos, que Dios ha consagrado a Israel.